

El Cuento Semanal



LA MUÑECA ≡

NOVELA POR MIGUEL
SAWA — ILUSTRACIONES
DE MEDINA VERA

30 Cént.

El Cuento Semanal

Se publica los viernes

Oficinas: Fuencarral 90 } Madrid
Teléfono 2054 }
Apartado de Correos núm. 409 }

27 aug

VISSINTA DE
MADRID

AÑO I-1.º Noviembre 1907 - N.º 44

Precios de suscripción:

Madrid y provincias: Trimestre 3,25 pesetas.

Semestre 6 pesetas. Año 11.

Extranjero: Semestre 10 pesetas. Año 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos

ADVERTENCIA

Por una ausencia inesperada de nuestro colaborador artístico Medina Vera, no ha podido ilustrar dicho artista el presente número. Como cuando recibimos el anuncio de su viaje estaban ya impresas las portadas, y en semanarios de tan considerable tirada como EL CUENTO SEMANAL no es posible improvisar un segundo tiraje, cosa que, de ser factible, hubiéramos dispuesto sin reparar en gastos, al anunciar al público que los dibujos son de Lozano Sidro, esperamos que sabrá perdonarnos la errata.

Libros y Revistas

Guignol, por José Francés. — M. Pérez Villavicencio, editor, Madrid.

José Francés es uno de los escritores más notables de la última generación. Entre su novela *Abraso mortal* y los cinco cuentos de su *Guignol* hay mucha distancia. De año en año este autor se perfecciona; da á su sintaxis flexibilidad elegante, enriquece su léxico y depura la originalidad de sus fábulas.

Guignol es un libro triste, intensamente triste, que derrama por el espíritu del lector laxitud mortal. Esta emoción de melancolía persiste largo rato. Hemos leído la última página, y, sin motivo concreto, permanecemos absortos, desorientados en la melancolía de que todo cuanto hagamos por sustraernos al «dolor de vivir» es inútil. La juventud, las ilusiones, las risas, todo es efímero; en el «guignol» humano sólo hay una realidad: la muerte.

Ofrendas de vida es un cuento inspirado por el pesimismo más desolador, pero hermosamente siniestro, con belleza punzante inolvidable; *Una tarde fresquita de Mayo...* es una narración altamente poética, de dulzura inefable; en *La leyenda rota* hay un breve soplo de salud y de vigor; en *Cuando las hojas caen*, suena pianísimo la elegía de los amores concluidos; en *La fuente del mal*, la duda triunfa, y ante la esfinge que no habla, «Diódolo», el filósofo escéptico, «cruzado de brazos, sonríe».

El libro de Francés es bello, muy bello, pero malsano. Después de leerlo, el escritor rompería su pluma; el pintor colgaría su paleta; el industrial cerraría su fábrica; el labrador entregaría el surco á la cizaña.

¡Oh juventud! Tú que eres fuerza, esperanza, alegría, fe, ¿por qué te complaces en llamar al dolor? — E. Z.

Accediendo á reiteradas súplicas de nuestros lectores y coleccionistas, hemos comenzado á reimprimir los diez y ocho números agotados de EL CUENTO SEMANAL.

Esta edición, que en algunos números, como sucede con los firmados por J. Octavio Picón, J. Dicenta y algún otro, es la cuarta que de ellos hacemos, exige cuantiosos desembolsos á esta empresa. Ello no obstante, deseando corresponder al favor con que el público nos distingue y honra, el precio de dichas nuevas ediciones continuará siendo el de 30 céntimos ejemplar.

La Semana Teatral

Comedia. — La compañía con que este teatro inauguró el sábado la temporada, resulta bastante homogénea y aceptable en conjunto, como requiere el género vaudevillesco que, al parecer, trata este año de cultivar exclusivamente, este elegante coliseo:

La zancadilla y *El matrimonio interino*, obras elegidas para la presentación de la compañía, obtuvieron esmerada interpretación, mereciendo citarse la Srta. Oria y los señores Calvo, Mendiguchía y Ramírez.

El público se vió gratamente sorprendido con la reforma, largo tiempo demandada en vano, de un café elegante, confortable y bien servido. Tirso Escudero la ha realizado, tomando por su cuenta el café del teatro de la Comedia, que se ve concurridísimo, y que es hoy por hoy el cenáculo y mentidero de la gente de letras.

Gran Teatro. — La compañía que dirige el aplaudido actor Sr. Salvat — que, como de ello suponemos enterados á nuestros lectores, hará una temporada en dicho coliseo, ofreciendo al público arte bueno por un precio inverosímil — debutó el sábado con el vaudeville de Luis de Larra *Modernismo*, que no produjo frío ni calor al respetable.

Modernismo es obra vaciada en antiguos moldes, y aunque á ratos hace reír, no ofrece originalidad en las situaciones y tipos. El diálogo, chispeante é intencionado, es lo mejor de la obra.

El Sr. Salvat fué bastante aplaudido por el público numeroso que ocupaba el teatro.

Zarzuela. — El éxito indiscutible de las obras estrenadas en teatros de género chico en lo que va de temporada, es indudablemente para los Quintero. *La patria chica* gusta más cada noche, y es la obra que más llenos está proporcionando á la empresa.

Esta procura dar variedad al cartel, intercalando obras del antiguo repertorio. Ultimamente se han representado en el precitado coliseo los *Madgyares* y una traducción de *Pagliacci* al castellano.

Eslava. — ¡*Anda la diosa!* Este es el título de la obra estrenada la semana anterior en el llamado templo de la sicalipsis, y ésta la frase con que comentaba la gente el abucheo con que fué acogida la obra. ¡*Anda la diosa!*, que es un arreglo — desarreglo han dicho algunos rotativos — de *Orfeo en los infiernos*, carece de muchas de las condiciones exigibles á las obras de su género.

Ello no obstante, sigue representándose, y como hay tipos guapas, lujoso atrezzo, etc., etc., el público se fija más en los buenos palmitos que en los chistes trasnochados, y váyase lo uno por lo otro.

La Alegre Trompetería continúa representándose con creciente éxito.

CHAMPAGNE BINET

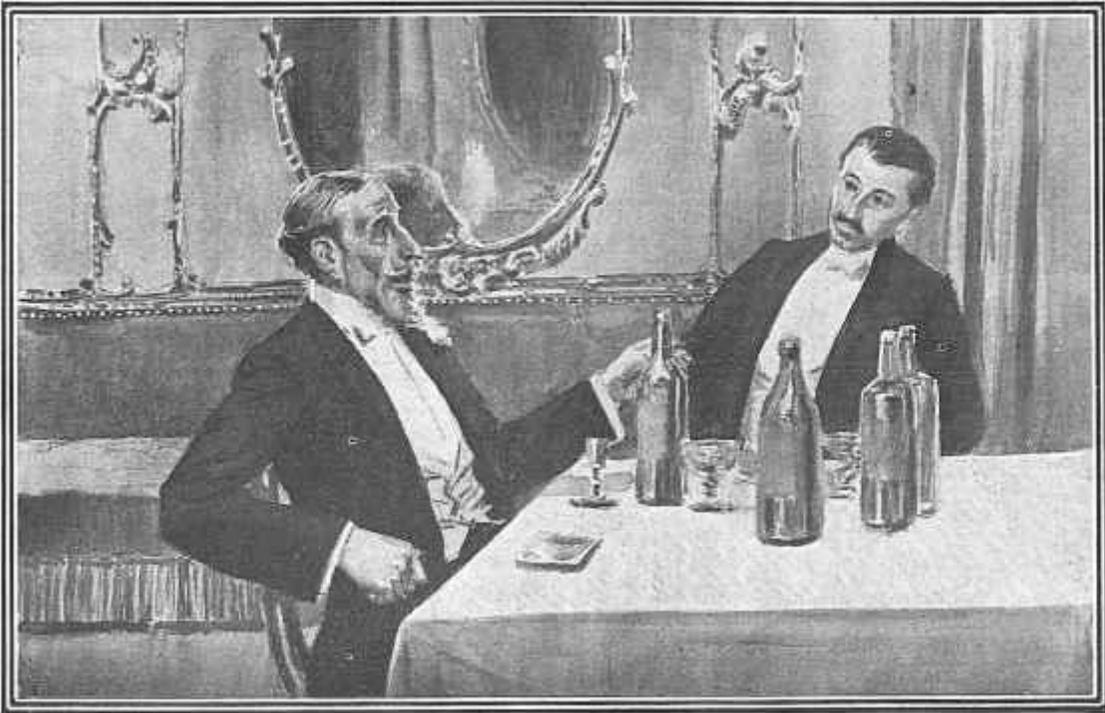
REIMS

SUPERIOR Á TODOS LOS DE IGUAL PRECIO

VIVIR CON LA SALUD SUJETA Á LAS CONSTANTES MUDANZAS DEL TIEMPO, ERA EL TRISTE DESTINO DE LOS REUMÁTICOS MIENTRAS EL BÁLSAMO DE ORIVE FUÉ DESCONOCIDO DE LA HUMANIDAD. 2 PESETAS FRASCO

LA HABANERA, Joyería y Platería

Vende las cadenas de oro de ley con la garantía del contraste oficial, á menos de 4 pesetas el gramo. Montera, 31.



MIGUEL SAWA

LA MUÑECA

AQUELLA noche — como todas las noches — el marqués de Hugo estaba completamente borracho.

— Créame usted, amigo mío: después del champagne — ¡oh, yo entiendo mucho de estas cosas! —, no hay nada mejor que el cognac; así como, después del cognac, no hay nada mejor que el champagne.

Hizo una pausa.

— No hablemos de mujeres. ¡Mala peste en ellas! Yo opino como Salomón: «Entre mil hombres, hay uno bueno; entre todas las mujeres del mundo, no hay una buena.»

Los ojos del marqués se iluminaron de repente con luz de fuego; luz de fuego instantánea como la del relámpago, tan pronto encendida como tan pronto apagada.

— ¡No, no hay una buena! — gritó —. ¡Oh, las conozco muy bien! Cincuenta y dos años — ¡toda una vida! — dedicado á estudiarlas... Sé mucho, por eso, de psicología femenina. Como Goethe, yo he sometido á la investigación y al análisis el alma de mis queridas. Y he llegado á esta tremenda conclusión: ¡ni una buena!

El marqués apuró de un trago su copa de cognac, y repitió iracundo:

— ¡Ni una buena!

Y después de una larga pausa:

— Voy á contarle á usted, en apoyo de mi tesis, la historia de mis amores con la Fanny Harrison, la célebre Fanny Harrison, que hizo popular en todo el mundo su sobrenombre de la *Muñeca*. ¿Llegó usted á conocerla? Fué la mejor mujer de su tiempo, un encanto de criatura... Pero sin corazón, como todas: sin corazón.

Otra pausa.

— Sí... voy á contarle á usted... Afortunadamente, estamos solos. Esta juventud de ahora es poco aficionada á trasnochar. ¡Si viera usted, hace años, cómo estaba el Casino á eso de las cuatro!... Pero ya la gente — repetiré la frase de los viejos — no sabe divertirse.

Y nuevamente y fugazmente llamaron sus pupilas con fulgor rojizo.

— Sí... voy á contarle á usted... ¡Oh, es una historia muy interesante! Hoy me siento expansivo. Efectos del cognac. Con su permiso, voy

á servirme otra copita. Hay que acabar la botella. Luego nos dedicaremos al champagne.

Y apuré de un trago la copa.

— ¿Efectos del cognac ó mandatos imperativos de la conciencia? ¡No lo sé! El hecho es que siento una imperiosa, una irresistible necesidad de hablar, de contarle á alguien. . . ¡Oh, ya verá usted; es una historia que parece una novela! Escuche usted. Y nada de interrupciones. ¡A interrumpir al Congreso!

Y el marqués comenzó así su relato.

* *

— Sí que parecía una muñeca, una divina, una adorable muñeca de carne. . . Sus ojos azules, de extraña inmovilidad, eran como dos astros extáticos en el cielo de su cara; su boca, de labios sangrientos como los bordes de una herida, se prolongaba, se alargaba en una sonrisa, en una contracción banal; era su pelo de sol, partido en hebras doradas y fulgurantes; teñíanse sus mejillas con la púrpura de las rosas. . . Una muñeca, una divina, una adorable muñeca de carne. . .

Su cuerpo no, su cuerpo era exuberante de sexo, de gracia femenina. ¡Ave, mujer!

Alta, delgada, el cuello ancho y largo, lleno de vida, los senos pequeños pero audazmente erectiles, el vientre «como una taza de plata», que dijo Salomón, los muslos fuertes, bien nutridos de carne, las piernas ligeras, ágiles, duras, como torneadas por un artífice.

Para completar este esbozo de retrato, debo hablarle á usted de las manos de la *Muñeca* — largas, finas, transparentes, suaves, acariciadoras, casi inmateriales — y de sus pies, invisibles por lo pequeños, que había que descubrirlos con el telescopio como á los astros, pies especiales de bailarina, hechos para posar sólo en el espacio.

¡Oh!, había que verla cuando se presentaba en escena de muñeca, vestida, muy ligeramente vestida, de sedas y encajes, suelta y desparramada sobre la espalda la cabellera áurea, el seno desnudo, las piernas y los brazos al aire. . .

Un foco de luz, que iba gradualmente cambiando de color, la iluminaba con todos los esplendores del iris, en una constante apoteosis.

La *Muñeca* paseaba por la escena, andando á saltitos como los pájaros, y sonriendo siempre, con su sonrisa banal y acariciadora.

La orquesta acompañaba sus pasos con los sonos alegres de un vals de Strauss, y ella miraba fija y distraídamente al público con sus ojos extáticos, llenos de misterio. . .

Fanny cantaba luego, con su ligera voccecita de niña, una canción inocente como una égloga, y que, sin embargo, entusiasmaba á aquel público canalla, titulada *La Muñeca en el bosque*.

Quiero contarle á usted la historia de mis amores con Fanny sin omitir el más mínimo detalle. Todo lo pequeño puede ser grande, y viceversa.

Asunto de *La Muñeca en el bosque*.

Pues señor, érase que se era una chiquilla que despertaba todas las mañanas con el sol, y á hurto de sus padres, se escapaba al campo para andar

descalza por entre las hierbas, húmedas de fresco rocío.

Y Fanny se quitaba sus zapatitos de raso, mostrando al público la monería de sus pies desnudos — dos preciosos jugueticos de carne blanca y rosada, del tamaño de un beso —, y corría loca por la escena, riendo á carcajadas.

Luego venía la madre y castigaba á la niña con sendos golpes. La *Muñeca* lloraba á gritos, y con sublime impudor mostraba al público las partes de su cuerpo maltratadas por su madre.

Después de *La Muñeca en el bosque*, Fanny representaba un drama mímico, digno por su asunto de Merimée, titulado *El cuchillo y la rosa*.

El bandido Alejandro, merodeando en el bosque, encuentra á la bella Dorotea, que ha ido á contarle á la Luna, la eterna confidente de todos los enamorados, sus cuitas de amor.

El bandolero admira codicioso las ricas joyas con que se adorna la desesperada, y enarbolando su cuchillo, se dirige á ella, decidido á asesinarla.

Dorotea entonces comienza á bailar una danza voluptuosa que enloquece de deseos al miserable —. «¡Tu amor!» — grita frenético. Ella sonríe y le ofrece el ramo de rosas que florece en lo alto de su corpiño —. «¡Ven!»

El bandido, después de besarla, enamorado, en la boca, la entrega su cuchillo —. «Mátame, si no has de quererme.» Dorotea coge el arma en sus manos, juguetea con ella, y de pronto se la clava al bandido en el corazón.

Alejandro muere. La Luna se torna roja. Y Dorotea llora, arrepentida de su crimen.

Había que ver á la *Muñeca* bailar la danza que enloqueciera al bandido Alejandro.

Era la bacante ebria del vino nuevo y del amor nuevo, excitando al pecado con la actitud, el gesto y el movimiento, convulsionada y frenética.

Pero lo más interesante de la *Muñeca* en aquellos momentos eran sus piernas, flexibles y nerviosas como las de un potro árabe, sus piernas «inteligentes», poseídas por el vértigo de la danza, que parecían grabar en el espacio signos y palabras misteriosas, sólo comprensibles para los iniciados en la alta hermanéutica del divino arte de Terpsícore.

* *

— Todas las noches, al comenzar el espectáculo, ya me tenía usted en mi sillón de orquesta, esperando impaciente que se alzara el telón para gozar una vez más de la presencia de la *Muñeca*.

Era una especie de sugestión hipnótica la que aquella mujer ejercía sobre mí. Mis sentidos adquirían al verla mayor sensibilidad, mayor potencia.

Al aparecer en las tablas, mis ojos, fascinados, ya no podían dejar de mirarla; y mi nariz se dilataba, como la de un animal en celo, para aspirarla mejor, para gustar mejor el perfume de mujer que transcendía de su cuerpo.

Todas las noches, al salir á escena, Fanny me miraba fijamente, con sus ojos extáticos, y prolongaba la sonrisa banal de su boca sangrienta.

Yo temblaba al verla, como á la presencia de un peligro, presa de extraño malestar físico, y contestaba, pálido de emoción, con una leve sonrisa á su sonrisa acariciadora.

Después parecía olvidarse de mí y ya no me miraba ni me sonreía en toda la noche. Esta actitud de estudiado desdén me irritaba, me exasperaba hasta la locura.

Algunas veces; para llamar su atención, la interrumpía, aplaudiéndola, en el comienzo de uno de sus *couplets*.

Ella seguía cantando impávida, sin dignarse volver á fijar en mí sus ojos de misterio.

Y todas las noches me marchaba del teatro desesperado, jurando no volver, y maldiciendo del amor y de las mujeres.

Pero á la noche siguiente ya me tenía usted en mi sillón de orquesta, esperando, impaciente, que se alzara el telón para gozar una vez más de la presencia de la *Muñeca*.

Estaba perdido de amor por aquella mujer.

Llegué á ser un «habitual» del teatrúcho donde se exhibía Fanny.

El único acomodador del coliseo, antiguo bastonero, ya licenciado por sus años de no sé qué bailes inmundos, me saludaba todas las noches á su modo, encasquetándose la gorra, y me preguntaba sonriendo:

— ¿La butaca de siempre?

— Sí, la de siempre.

También la florista — una arrapieza como de diez años, de ojos perversos y hablar desvergonzado — me trataba como á antiguo conocido, y venía en todos los entreactos á ofrecerme su canastillo de pobres flores mustias.

— ¿Hacemos un ramito para la *Muñeca*?

El público canalla que llenaba á diario el teatro, sugestionado como yo por la belleza de Fanny, comentaba mi presencia de diversos modos.

— Es un marqués.

— Dicen que ha sido ministro.



— Y que es algo de Palacio.

— Está loco por la *Muñeca*.

— ¿Has visto cómo la mira?

— Pues ella no está por él.

— Ella... ella está por el dinero.

— ¡Nones!

— Enséñale un Cabarrús y verás.

— Para mí lo quisiera.

— O aunque sea un Queyedo.

— Tampoco.

— Cuando yo te digo... La *Muñeca* es como todas las mujeres de su clase.

— ¡Mentira!

— Vamos, que para ti la *Muñeca* y la Virgen de la Paloma...

— No tanto.

— Parece mentira que seas hijo de Madrid y nacido en la calle de Los Tres Peces.

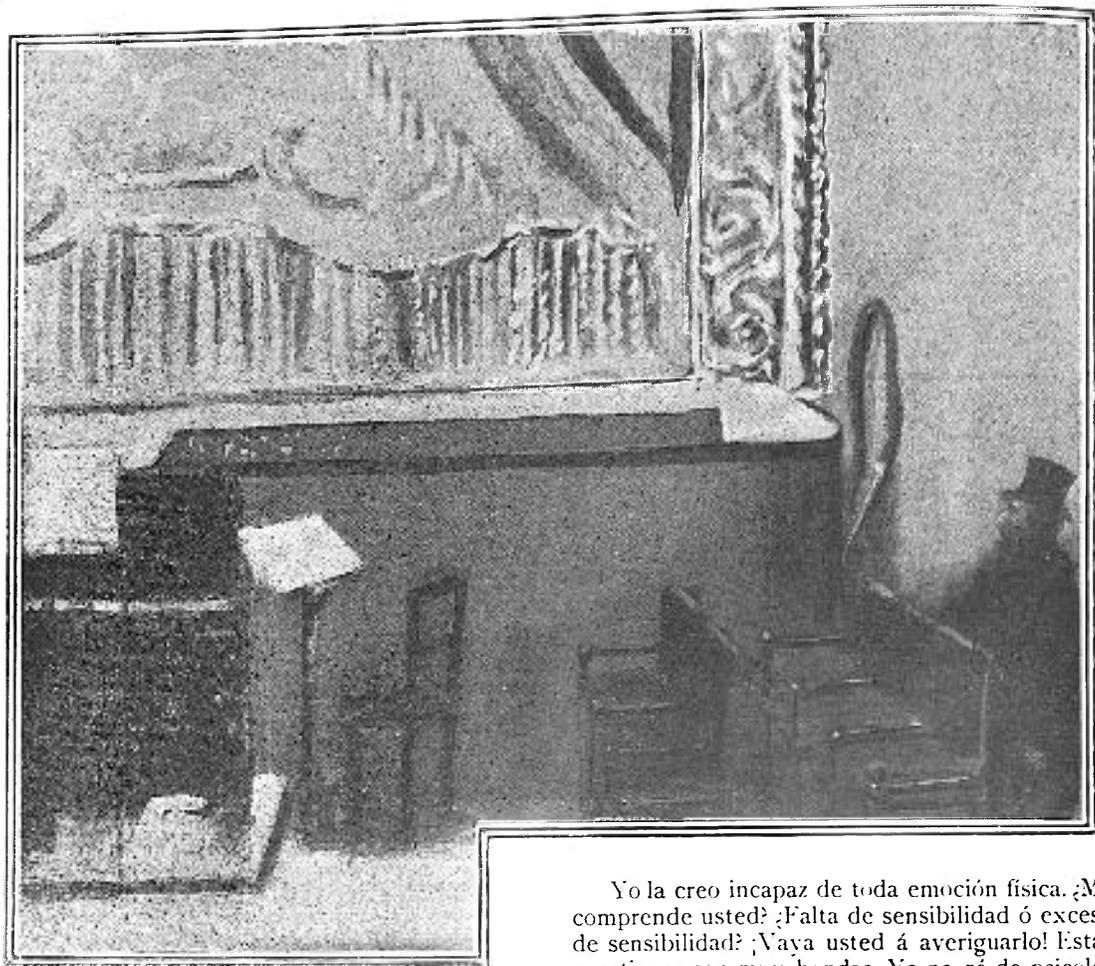
— Otros los hay más brutos.

— ¿Es alusión?

— Calla, que nos está oyendo el marqués.

— ¡Valiente marqués!

Y yo los oía, sí, aterrado de mi degradación, pero sin voluntad para huir de aquel antro.



— Una tarde, aquí, en este mismo saloncito, me contó el pobre Cienfuegos, muerto hace poco tiempo, y de quien seguramente fué usted amigo — era uno de los hombres más populares de Madrid —, la historia de Fanny.

— ¡Vaya si la conozco! — me dijo —. ¡Demasiado! Yo he sido uno de tantos que han sufrido amor por ese adorable monstruo. Pero al fin me convencí de que era una mujer imposible. Y la dejé antes que ella me dejara á mí. En la guerra, como en el amor, no hay como una retirada á tiempo. Debe ser terrible eso de oír á una mujer: «¡Ahueque el señor!» ¡Terrible!

Sí... ¡vaya si la conozco! Una mujer distinta á las demás, una mujer extraordinaria. ¡Tenga usted cuidado con ella! Nada de *liarse*. Hay que huir de toda *complicación* con Fanny. Si llega usted á caer en la red, está perdido. Ya no podrá usted escapar. ¡Mucho cuidado, joven!

Y como respuesta á una interrogación mía:

— Cuando usted quiera. Es mujer que no se niega al que sabe solicitarla. Pero insisto: nada de enfrascarse. Fanny no es capaz — al menos yo no la creo capaz — de querer á nadie. No hay quien pueda vanagloriarse, no hay quien pueda decir en verdad que ha hecho sentir á esa mujer. Fanny es una verdadera muñeca de carne. En ella

«no hay una fibra que al amor responda»,

como dijo el poeta.

Yo la creo incapaz de toda emoción física. ¿Me comprende usted? ¿Falta de sensibilidad ó exceso de sensibilidad? ¿Vaya usted á averiguarlo! Estas cuestiones son muy hondas. Yo no sé de psicologías, ni quiero. Pero, en cambio, como le he dicho á usted antes, sé escapar á tiempo.

Conozco á muchos don Juanes, hombres expertos en el amor, que han tratado de animar el mármol de su cuerpo. ¡Inútil empeño! Fanny es incombustible como el amianto. Puedo asegurarle á usted que esa mujer está virgen de toda sensación amorosa. De ahí que sea más apetecible. Pero no olvide usted que quien ama el peligro, en él muere.

¡Psch! Después de todo, yo creo la empresa difícil, pero no imposible. Ya le he dicho á usted que en otro tiempo... Pero para ciertas aventuras hace falta el valor de un Quijote. Y yo toda la vida me he sentido algo Sancho.

Además, me encuentro sin fuerzas. Estoy en los sesenta y cinco.

«¡Funesta edad de amargos desengaños!»

A mí déjeme usted de fantasías. Mujeres como la *Muñeca*, para usted, que todavía no ha pasado de los cuarenta. Yo he decidido ya jubilarme. ¡Pero con un *haber* de recuerdos gloriosos que otros para sí quisieran! ¡Y que me quiten lo bailado!

Y como yo le instara nuevamente para que me contara la historia de Fanny:

— Una historia muy accidentada, como todas las de esas mujeres; una historia digna de ser llevada al libro ó al teatro.

Los padres de Fanny fueron famosos en su tiempo, allá por los primeros años de la Res-

tauración. Seguramente, más de una vez habrá usted oído hablar de ellos. El, el padre, era inglés, *jockey* de profesión — un gran *jockey*, una especie de centauro á la moderna —, y le llamaban de mote lo mismo que á su caballo predilecto: *Perfecto IX*. Ella, la madre, era andaluza, nacida en Cártama, pueblo de la provincia de Málaga, *bailaora y cantaora* de oficio, y conocida con el sobrenombre de la *Merengue*. ¡Ilustres progenitores los de la pobre Fanny!

Es sabido el poder que las andaluzas ejercen sobre los ingleses. Ver *Perfecto IX* á la *Merengue* y enamorarse de ella fué todo uno. Y como la *Merengue*, al fin y al cabo, era una moza honrada, y como la pasión quita conocimiento, *Perfecto IX*, después de pensarlo mucho, acabó por irse á vivir con ella, sin duda para que le cantase y le bailase á él solo.

Al decir de la gente, el inglés y la andaluza fueron muy felices en su *matrimonio*. Curra, según la llamaba su madre; Fanny, según la llamaba su padre, fué el principal elemento de esta felicidad.

Pero las dichas de esta vida son de corta, de bien corta duración. Un día de carreras, *Perfecto IX* (el caballo), al saltar un obstáculo, tropezó y cayó, dando en tierra con *Perfecto IX* (el *jockey*), que, á consecuencia del porrazo, sufrió tan fuerte conmoción cerebral, que á las tres horas del percance entregaba su alma á Dios.

La *Merengue* lloró, mientras tuvo dinero, la muerte de su *marido*; pero después, obligada por la necesidad, volvió al *tablao* en busca del pan nuestro de cada día. Sólo que, para olvidar sus penas, bebía ahora aguardiente, todo el aguardiente que le pagaban, y la mayoría de las noches, al regresar á su casa, llevando como única compañía á su hija, iba agarrándose á las paredes para no caerse, y llorando á lágrima viva en recuerdo de su malogrado *Perfecto*.

Y claro, á fuerza de beber perdió la voz, los años la hicieron engordar, y como al público le dió por *meterse* con ella, acabó por no tener teatro ni café que la contrataran.

La pobre *Merengue* no servía para otra cosa que para cantar *soleares* y *seguirillas* y bailarse unas sevillanas ó un tango ó lo que se «terciara». Se le cerraron las «puertas del cante» — como decía ella — y se encontró de pronto sin medios para defender su vida y la de su hija. ¡A morir los caballeros!

La *Merengue* no tardó mucho tiempo en adoptar una resolución. «El quinto... no estorbar» (frase admirable en la que ella sintetizaba su modo de ser filosófico), y una noche, después de besar mucho á Fanny, se dirigió al Viaducto, y aprovechando un descuido de los guardias se encaramó sobre la barandilla, y... ¡púm!, allá fué su pobre cuerpo, después de dar unas cuantas volteretas por el espacio, á estrellarse en el empedrado de la calle de Segovia.

De modo que Fanny vino á quedar huérfana de padre y madre á la edad de trece años.

Su primer protector fué el duque de las Trés



Gracias, gran *spornant*, amó un tiempo de aquel pobre *Perfecto IX*, muerto gloriosamente, en el ejercicio de su profesión, una tarde de carreras.

El duque de las Trés Gracias era hombre que pasaba de los sesenta cuando tomó bajo su amparo á la hija de su antiguo *jockey*.

Aquel don Juan gotoso, que tenía, como Barba Azul, su leyenda trágica de amor y de sangre, gustaba, á pesar de sus años, y quizá por sus años, de la carne joven y fresca.

El caso es que Fanny tuvo que huir de su compañía, horrorizada. ¡Buen modo tuvo de conocer el amor la pobre niña! ¡Y todavía nos quejamos de su insensibilidad y de sus repugnancias!

Fanny sustituyó al duque de las Trés Gracias con el célebre transformista Capuani, un bellaco de gran hermosura, que imitaba á la perfección á las *estrellas* de París y muy especialmente á la Cleo.

Aquel demonio de Capuani — ¿se acuerda usted de él? —, cuando salía á escena caracterizado parecía completamente una mujer. Había que verlo con su traje ceñidísimo de mallas, para

mejor lucir las formas, haciendo piruetas y batimanes y enviando besos al público con sus manos pequeñas y finas, b'aqueadas con polvos de arroz.

Más de una gran dama quiso verle de cerca y le dió cita en su casa, «á condición de que se caracterice usted como en el teatro. ¡Oh, imitando á la Cleo, está usted delicioso!»

Capuani no hacía caso de tales citas. «Si fuera á dar gusto á todas esas señoras, hace tiempo que me hubieran enterrado.»

Pero alguna vez estas cartas iban acompañadas de unos cuantos billetes del Banco. «¿Quién resiste á estos argumentos?», decía el muy canalla. Y hubo noche, según cuentan, que asistió á tres ó cuatro de estas citas misteriosas.

Pero todo el dinero que ganaba — y era mucho — se lo llevaba el juego. «¡*Per Baco*, me persigue la *jettatura*!» Y para consolarse de su mala fortuna se emborrachaba con vino del más barato y se iba á escandalizar por las calles, siempre dispuesto á disparar su revólver sobre el primer transeunte que osara mirarle. «¡*Per Baco, per Baco!*, para mí no hay hombres.»

Obligado á trastocar todas las noches su sexo, á dejar de ser Capuani para convertirse en la Cleo, en la Otero ó en la Guerrerito, había llegado á sentir un gran desprecio hacia las mujeres. «¡Hijas de Satanás! ¡Malditas!»

¿Por qué se encaprichó de Fanny? ¡Vaya usted á averiguarlo!

La pobre Fanny sufrió mucho en la compañía de Capuani. Aquel bárbaro, á pesar de sus apariencias de mujer, tenía las fuerzas de un titán, y la golpeaba, hasta hartarse, todas las noches, con furor de borracho. «¡Mala bestia, mala bestia!»

Fanny no se quejaba, no protestaba siquiera de los malos tratos de que la hacía víctima el transformista. ¡Acaso prefería los golpes de éste á las caricias del duque de las Tres Gracias!

Capuani fué quien la inició en la vida del arte (sin duda con fines interesados, con el propósito de explotarla), y él fué quien la bautizó con el sobrenombre de la *Muñeca*. «¡Ah, maldita, si tú quisieras! . . . Condiciones no te faltan. Y como bonita, ¡más bonita que la *Madonna!*»

Una noche de borrachera el italiano disparó su revólver sobre un *croupier*, el *Manitas de Oro*, á quien acusaba de robarle con malas artes el dinero, alojándole una bala entre la sexta y la séptima costilla.

Capuani tuvo que huir, que pasar la frontera, para evitarse las molestias de un proceso y la estancia de unos cuantos años en la cárcel.

Fanny le siguió, sumisa, en su fuga. Por aquella época comenzó su carrera de artista, en la que le esperaban tantos triunfos. Ya conoce usted sus éxitos de París, de Londres, de Viena . . . de todas las grandes capitales de Europa. Durante algunos años la *Muñeca* triunfó de todas las *romanciéres*, de todas las *gommucuses*, de todas las *chantouses* en moda.

Por aquel entonces, recordando el estilo de su madre, sólo cantaba *so'earas* y *seguirillas*. París estaba loco con ella. Para la gente del boulevard, Fanny era la verdadera encarnación de aquella Manola «descubierta» por Gautier:

«Un jupon serré sur les anches,
un peigne énorme à son chignon,
jambe nerveuse et pied mignon,
œil de feu, teint pâle et dents blanches
¡alza, olá!
¡voilà!

la véritable Manola.»

Los periódicos decían de ella:

«¡Oh, la bella española! Nadie como esa mujer para el cantar doloroso de su tierra; nadie como ella en el arte de la danza. Viéndola, hay que admirarla; viéndola, hay que gritar: ¡Viva la Andalucía!»

El canalla de Capuani, retirado provisionalmente de la escena, «ya sabes, pequeña, que si me descuido me meten en la cárcel», era ahora su apoderado y administrador.

Ya no jugaba. Poco á poco se había ido aficionando al dinero. «Tú no seas tonta, y aprovéchate», le decía á Fanny. Estas rachas pasan pronto. ¡El éxito de los artistas es tan fugaz! . . . Ya me ves á mí. ¿Quién se acuerda de Capuani? Y, sin embargo, tú sabes que en otro tiempo yo he sido el ídolo de los públicos. Y ahora . . . ¡ya me cuentan entre los muertos!»

Y el italiano, á fuer de hombre práctico, dejaba en completa libertad á la *Muñeca* para que aumentase su capital con toda suerte de ingresos extraordinarios.

En poco tiempo, en menos de tres años, Fanny llegó á reunir un capital de cerca de trescientos mil francos. ¡Una fortuna, una verdadera fortuna!

Y lo que era de suponer: Capuani, que, como ya le he dicho á usted, se había aficionado al dinero, se alzó un día con los fondos, dejando á la pobre *Muñeca* sin más recursos que su crédito personal, lo que no era poco.

También el muy cínico la dejó una carta llena de consejos, que Fanny guarda en su joyero como la mejor de sus alhajas, y que le aconsejo á usted que lea si por casualidad llega á sus manos.

El marqués interrumpió su narración para decirme:

— La carta á que hacía alusión Cienfuegos la tengo aquí — y sacó la cartera —; se la robé una noche á Fanny, y voy á leérsela á usted. ¡Oh, es un documento curiosísimo!

«Mi cara pequeña: Me voy . . . ¡*Per Baco*, estaba ya harto de aguantarte! Me voy . . . llevándome tu dinero. Poca cosa, no creas; unos trescientos mil francos. ¡Bien me los he ganado!

Me voy . . . El robo es un derecho concedido á todos los que administran fondos, bien sean del Estado ó bien de particulares. Hay que respetar los precedentes.

Ya no tienes necesidad de mí, ya estás lanzada. Ahora, á poco que quieras . . . Pero hazte valer. Los hombres de dinero, que por lo general son muy brutos, aprecian á las mujeres según lo que les cuestan. No olvides esto.

Oye mis consejos: no dejes el teatro. La escena es un gran lugar de exhibición, un gran escaparate. Con traje de mallas no se puede pasear por los boulevares. Lo prohíbe la moral del Estado. Y con traje de mallas, ó sin él, puedes presentarte en las tablas. Además, las mujeres de teatro tienen mucho partido entre los hombres.

A tu edad y con tu cara . . . Ya te digo: á poco



mi manera, haciéndote sufrir. Sé que alguna vez te he pegado más de lo justo. El maldito vino. Por eso, lo mejor es que me vaya. De seguir viviendo juntos, acaso acabaría por darte un mal golpe. ¡Y tiemblo, por las consecuencias!

Perdóname eso de los trescientos mil francos y no me denuncies á la justicia. Tú estás en disposición de ganarlo. Yo, en cambio... Me siento agotado, completamente agotado. ¡Ten compasión de tu pobre maestro y amigo! ¡Líbrame de la cárcel y de todo otro mal!

Adiós, pequeña. Aunque no me creas, te juro que estoy muy emocionado en estos momentos, que casi tengo ganas de llorar. Pero Dios. no me ha concedido, como á los cocodrilos, el consuelo de las lágrimas.

Adiós, pequeña. ¡Separarnos después de haber vivido tanto tiempo juntos! Pero así lo quiere el Destino. Resignémonos.

¡Adiós otra vez! ¡Que seas feliz!

¡La *Madonna* te guíe! ¡Adiós, *Muñeca*! — Tuyo,

CAPUANI.»

Y como posdata:

«Olvídame... No vuelvas á acordarte más de mí. Y sigue mis consejos y la vida será tuya.»

(Una línea de puntos suspensivos.)

«Acaso alguna vez esté en condiciones de devolvarte los trescientos mil francos. Pienso poner una casa de juego. ¡Si la suerte me ayudara!...»

(Otra línea de puntos suspensivos.)

«¡Por Dios, no me denuncies á la justicia!»

Concluída la lectura, el marqués volvió á guardar cuidadosamente en la cartera la epístola de Capuani.

— Indudablemente aquel canalla tenía mucho talento.

Y después de servirse una copa de cognac:

— Terminemos la historia de Fanny. Sigue hablando por mi boca el pobre Cienfuegos.

que quieras el mundo será tuyo. Pero á condición de que no te enamores. Quien más pone, más pierde. El corazón, ¡en el bolsillo!

Para dominar á los hombres no hay como despreciarlos. El látigo tiene más aplicación para los bípedos que para los cuadrúpedos. Y créeme: el hombre sería el animal más ruin de la creación si no existiese la mujer.

Ahorra todo el dinero que puedas; sé mejor tacaña que pródiga. Ahora estás en la edad de ganar. Pero la juventud pasa pronto. No lo olvides. La juventud es flor de un día.

Mira, pequeña: estos consejos, fruto de mi experiencia, bien valen los trescientos mil francos — no completos — que me llevo.

Creo que no tendrás quejas de mí. Todo lo que eres, todo lo que llegarás á ser, se lo debes á tu Capuani. El te ha lanzado al mundo, como un buen padre, después de enseñarte á ganar la vida.

Créeme, pequeña: aunque no te lo haya demostrado — ¡soy un hombre tan especial para las mujeres!.. — yo te he querido siempre. Pero á

— Vea usted si las mujeres son raras — continuó mi amigo —; la *Muñeca*, no sólo no denunció á Capuani, sino que sintió de tal modo su fuga — ¿estaría enamorada de él?, ¡vaya usted á saberlo! — que dejó de trabajar durante unas cuantas noches, y al reaparecer en escena lo hizo vestida de luto y despojada por completo de flores y alhajas.

Tampoco trabajaba ya con la alegría de antes. Algunas veces miraba entristecida hacia las cajas. Ya no estaba allí Capuani; como en otro tiempo, para aconsejarla: «¡Esa pierna más alta!» «Pero, perra, ¿por qué no miras al público?» «¡Voy á romper un hueso, á ver si aprendes á reír!»

El público comenzó á cansarse de ella. Ya se

oía murmurar á la gente: «Algo le pasa á la *Muñeca*.» «Parece que trabaja de mala gana.» «No es la misma de antes.» «Y está más delgada.» «Y no ríe.»

Su empresario llegó á aconsejarla que se marchase á América: «Hija, ¡qué quiere usted!, el público es tan voluble... Todos los artistas tienen su época. La de usted pasó... En los Estados Unidos tendría usted un gran éxito. Allí gustarían mucho sus trabajos.»

Sí, estaba en plena decadencia. Echada del Olimpia, echada del Casino, tuvo que buscar refugio en un *cabaret* de mala muerte, donde ganaba diez francos por función. ¡Ella que, no hacía mucho, había insultado á un empresario que tuvo la avilantez de ofrecerla mil francos por noche! ¡Oh, el penoso descenso de los artistas!

Yo iba á visitarla de vez en cuando al *cabaret*. Fanny, burlada por el amor y engañada por los hombres, cansado el cuerpo y cansada el alma, se aburría.

— ¡Si no fuera por el cognac!... Porque debo advertir á usted, que á la pobre — ¡terrible señal de decadencia! — le había dado por la bebida.

— ¡Si no fuera por el cognac!...

Y me miraba con ojos de extravío.

¡Así deben de mirar los hartos de la vida, los que creen que en el suicidio está la solución de todas las soluciones!

La había iniciado en el vicio, la había acostumbrado á beber, un poeta melencólico, decadente y majadero, gran parroquiano del *cabaret*, á quien los artistas del «establecimiento» llamaban en broma «el hijo de Musset».

El poeta, cuando se emborrachaba (una noche sí y otra... también), aburría á la pobre Fanny con sus discursos estrambóticos.

— «Choquemos nuestras copas — la decía —. Me parece que este licor pálido — «el hijo de Musset» bebía siempre cognac — está compuesto de tu sangre enferma, que al beberlo gusto de ti...»

Fanny, asombrada, se reía.

— «No, no te rías — continuaba el poeta —. Tú tienes una extraña semejanza con esta extraña bebida. ¡Tú eres el alma del cognac!

¡Míralo! — gritaba —. ¡Míralo! Es rubio y pálido como rubia y pálida eres tú. ¡Sí, Fanny, tú eres el alma del cognac!»

Y después de apurar la copa:

— «¡El alcohol es la locura! ¿Qué es la embriaguez sino la pérdida temporal de la razón? Por eso vamos para locos todos los que mezclamos el amor con el vino...»

Y arrojándose sobre Fanny y besándola frenético:

— «¿Ves?, me he equivocado de vaso y he bebido ahora en tus labios. ¡Y qué daño hacen, pero qué bien saben estos besos de fuego!»

Fanny comenzaba á asustarse.

— «No, Fanny, no te entristezcas — gritaba el poeta —. La embriaguez debe ser alegre, estruendosamente alegre... ¡Riámonos hasta la convulsión! Yo me siento en estos momentos atacado de todos los deseos y de todas las ansias. ¡Te digo que no hay nada en el mundo comparable á este licor de dioses enfermos! ¡Bebamos hasta reventar!»

Y de un trago apuraba la copa.

— «Mira, Fanny — seguía —, la mujer es igual que el vino... Un sorbo... un beso... otro sorbo... otro beso... ¡Beber! ¡Amar! Estos son los únicos placeres de la tierra...»

Fanny bebía en silencio, sin contestarle palabra.

El seguía impertérrito desvariando:

— «Sí; tú serías el alma del cognac si el cognac tuviese alma... ¡Has debido de ser concebida en una noche de embriaguez!

¡Mujer!, bebamos y amémonos. ¡Quiero mezclar el cognac con tus besos! ¡Doble borrachera! Créeme, la vida no es más sino una serie de tragos. ¡Ay de los que ya no pueden beber!»

Y acometido de súbita crisis nerviosa se echaba á llorar.

Estas escenas se repetían todas las noches. «El hijo de Musset» había llegado á convencerse de que Fanny era un espíritu alcohólico en forma de mujer.

— Vámonos — me decía la pobre —, me da miedo ese hombre. Necesito respirar el aire... Me ahogo... Estoy algo borracha.

Ya en la calle, Fanny se cogía de mi brazo, y excitada aún, me contaba sus penas.

— Estoy aburrida, estoy desesperada... Vivir así, no es vivir. ¡Oh!, ese canalla de Capuani, ¿por qué me habrá abandonado? Se fué él y vino la desgracia.

Al llegar á los puentes se detenía unos momentos y sus ojos volvían á mirarme con extravío.

— ¿Estará ahí la felicidad?

— Seguramente no — la contestaba yo bromeando —. Ahí, en el río, no encontrará usted más que catarros y pulmonías.

Ella seguía mirando el correr de las aguas.

— ¡Pues no hace frío, que digamos, para tomar ahora un baño! — continuaba yo. — Además, observe usted que el Sena huele siempre mal. Hay que no tener olfato para arrojarle á él. Yo, de intentar alguna vez ahogarme, lo haría en un baño de champagne.

Y empujándola suavemente:

— Vámonos de aquí. ¡Está usted más chiflada que «el hijo de Musset!»

Ella suspiraba:

— Tiene usted razón. ¿Por qué no esperar? Todavía, todavía...

Una noche, el «poeta» nos dió el gran disgusto. Cuando yo llegué al *cabaret* estaba ya completamente borracho. Fanny se sentaba á su mesa. El la había cogido por los hombros, y mirándola á los ojos, la decía:

— «Ven... acércate á mí... ¡No te veo, no te oigo! Más cerca aún... Así, juntos, juntos los dos... ¡Oh, qué bien estoy ahora!

¡Pero no llores! (Fanny no lloraba, ni había por qué; Fanny, según las crónicas, es mujer que no ha llorado nunca). ¡Si tú supieras lo feliz que soy en estos momentos! ¡Oh, sí, muy feliz! ¡Siento un bienestar tan grande en todo mi sér!... Ya no me duele nada, ya todo mi pobre cuerpo es alegría y satisfacción y goce. Ya que he sufrido tanto, he dejado al fin de sufrir.

Y verás qué cosa más rara, más extraordinaria: me parece que yo ya no soy yo, que soy otra persona distinta, otro hombre.

Mírame bien, mujer, y verás como no soy el

mismo. Mírame; ¡si eso tiene que saltar á la vista; si eso deben verlo hasta los ciegos!

¡Qué transformación más maravillosa! Mi cerebro no es ya una miserable piltrafa de carne y hueso; mi cerebro es un colosal diamante de facetas rojas y deslumbradoras como la llama... Mi cerebro es el cerebro de Shakespeare, de Goethe, de Hugo... ¡Qué cosas más admirables pienso! ¡Qué grandeza en las ideas! ¡Es la luz del genio la que alumbra mi cabeza soberana! ¡Prostérnate, mujer, ante mí, y admírame!

Y escucha: mis ojos no ven como veían antes; ahora todo lo que miran me parece bello y luminoso. ¡Para mí no hay nada negro, nada obscuro; para mí no hay noche, ni sombras, ni tinieblas; para mí todo es luz y resplandores!

Tú no sabes de qué visiones más hermosas puede gozar la vista. Ahora te miro y me pareces otra. Acércate... más... Quiero contemplarte á mi sabor. ¡Qué soberana, qué suprema belleza! En tus ojos azules hay todos los colores del prisma; no, muchos más colores, ¡muchos más! Tu boca me parece de fuego, roja y ardiente; — ¡qué bien deben saber tus besos! —; tu cabellera suave se me antoja de oro y seda, y tu carne, ¡ah!, tu carne, blanca y rosada, carne de tentación y de pecado... ¡Divina Eva!

¡Pero sigues llorando? Ven, que quiero beber tus lágrimas. Acaso ellas calmen la sed de mi fiebre. ¡Qué amargas me saben, qué amargas! ¡Parece que me he llevado á la boca toda el agua salobre del Océano!»

(Imaginaciones del poeta; Fanny seguía mirándole asustada, los ojos secos, sin derramar ni una lágrima).

«Mira, quizás me vaya á morir. ¡Pero no llores! ¡Si morir es dejar de padecer! Verás: la vida es como una luz; viene la muerte y sopla. Oscuridad... noche. Y entonces se acaba todo. ¡Ya ves que no hay nada tan sencillo!

¡Si yo fuera como el sol!...

El sol no puede apagarse de un soplo. ¡Aunque la muerte tiene unos pulmones!... ¡No hay luz que se le resista!

¡Qué feliz voy á ser cuando me muera! Yo creo que debe haber un lugar de promisión para los que han sufrido mucho en la tierra, un paraíso, un cielo, una gloria... como quieras llamarle. Y allá iré yo, seguramente.

Pero aunque no exista ese lugar de bienaventuranza; aunque aquí acabe todo y no haya un más allá, la muerte es el descanso, es el reposo eterno. ¡Y yo tengo unas ganas de descansar!...

¡Qué frío siento! Aquí... en el pecho, en el corazón... Mira, la muerte acaba de entrar.»

Todos los que estábamos en el *cabaret* nos dirigimos espantados á la mesa que ocupaba el poeta.

«Sí... acaba de entrar... ¡Mis ojos la han visto! ¡Qué sér más extraño! Es como una sombra... No logro verla la cara... La tiene tapada con un velo negro, muy negro... ¡Qué alta es y qué delgada! Ahora se acerca á mí y me mira de un modo... ¡Tengo miedo! ¡Mujer, dile que se vaya, que se vaya!

Sigue el frío helando mi pobre carne... La muerte me coge en sus brazos y me besa en la frente... ¡Ya soy suyo! ¡Qué bien me ha hecho su caricia! ¡Así me besaba mi madre!

¡Oh, siento un bienestar ahora!... Ya no me duele nada, ya no tengo frío... La luz se apaga... La vida se me va... ¡Me muero... soy feliz!...

Y, efectivamente, al decir estas palabras, «¡soy feliz!», «el hijo de Musset» cayó desplomado sobre la mesa. ¡Una apoplejía fulminante! Cuando le reconoció el médico ya estaba muerto. ¡Pobre muchacho! Decididamente no conviene abusar de las bebidas alcohólicas.

Fanny, horrorizada, huyó del *cabaret* dando gritos. Yo estaba tan trastornado por aquella súbita desgracia, que no la vi salir del «establecimiento.» Cuando llegué á la calle había ya desaparecido. Pensé en el Sena. «¿Estará ahí la felicidad?» Sí, indudablemente en Fanny había una suicida. ¡Pobre muchacha! Y llorando por dentro — único modo de llorar que nos es permitido á los hombres — me fuí al Americano á beberme una botella de champagne.

* * *

¿Qué fué de la *Muñeca*?

«Las olas van y vienen,
y vamos y venimos con las olas.»

Durante unos días — tres ó cuatro lo menos — me dediqué á buscarla por teatros y cafés. ¡Pero París es tan grande, y yo soy tan mal policía!... Una noche me pareció verla en Montmartre, del brazo de un distinguido *apache*. ¿Era ella? No puedo asegurarlo.

Después, después...

«Las olas van y vienen,
y vamos y venimos con las olas.»

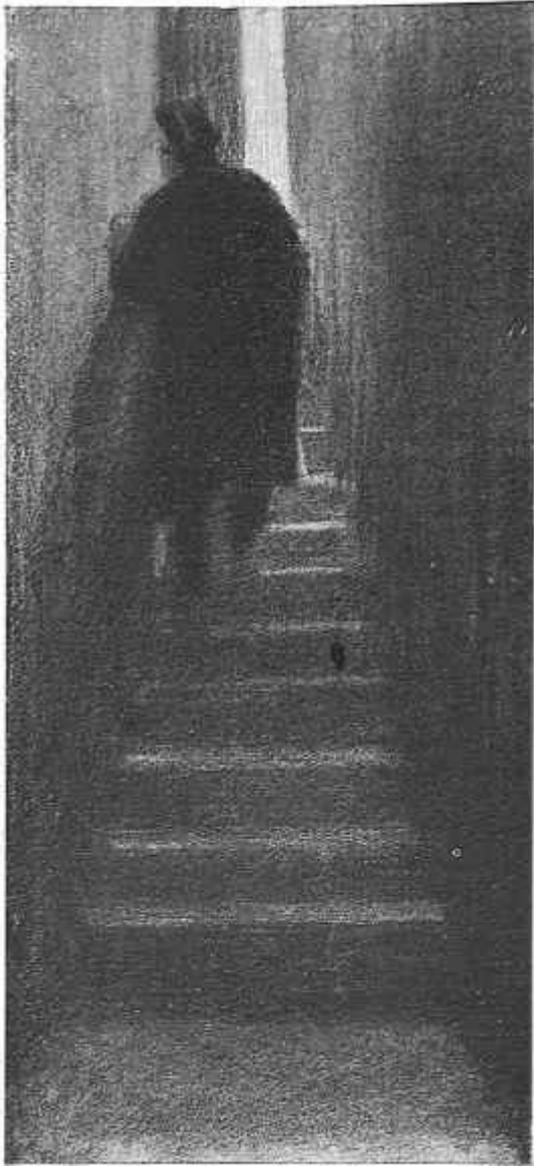
Ahora dicen que está en Madrid, en un teatrillo de la calle de Embajadores, un poco envejecida, pero hermosa siempre. Esta gente desaparece de pronto, como los buzos en el agua, para volver á aparecer cuando menos se les espera. ¡La pobre Fanny! Tendría gusto en verla para recordar aquellos tiempos. Yo la he querido siempre bien.

Y el pobre Cienfuegos terminó diciéndome:

— ¡Marqués, mucho cuidado con la *Muñeca*! Esa mujer es muy peligrosa. Siga usted mis consejos. ¡Nada de *liarse*! Hay que huir de toda complicación con ese monstruo adorable. Si se enamora usted de ella es usted hombre perdido. Aun está usted á tiempo. «Retirarse no es huir», ha dicho un gran estratega.

* * *

— Comprenderá usted que no hice ningún caso de los prudentes consejos de Cienfuegos. Desgraciadamente, el amor no entiende de razones. Ya sabía yo que Fanny era una mujer peligrosa. Pero quizás por esto la deseaba más, quizás por esto, cada noche, al verla de nuevo, acrecían mis ansias. Pero, asómbrese usted: yo, el gran despreciador de mujeres, sentía ante la *Muñeca* timideces de adolescente.



Me daba miedo llegar, «ascender» hasta ella. ¿Cómo contenerme teniéndola al alcance de mis manos?

Pensando en Fanny, me sentía capaz de la violencia y del atropello, como uno de esos sátiros impulsivos, desbravadores de ninfas, de que nos habla la leyenda mitológica.

Pero una noche... ¡El fuego del deseo me abrazaba en sus llamas! Mi cerebro, congestionado por la acumulación de sangre, no me dejaba pensar. Allí donde miraban mis ojos sólo veían manchas rojas. Parecía que el corazón, en su palpar furioso, iba á salirse del pecho. Perdí la noción de la realidad y creí morir.

Por un esfuerzo soberano de la voluntad me levanté de la butaca y subí tropezando, como una fuerza inconsciente y ciega, la estrecha y empinada escalerilla que conducía á los cuartos de los artistas.

Hice un descanso al llegar al primer piso. Luego seguí mi penosa ascensión, agarrándome á las

paredes para no caer, y tambaleándome como un hombre ebrio.

Ya en el piso segundo, vi sobre una de las puertas una gran tarjeta, escrita con letras rojas, en la que me pareció leer:

LA MUÑECA

Empujé la puerta y entré. Fanny estaba desnudándose ante el espejo. Al verme — ¡figúrese usted la cara que tendría yo en aquellos momentos! — pareció asustarse. Luego sonrió, mirándome fría y serena, con sus ojos de misterio.

— Hace mucho tiempo que le esperaba.

La emoción no me dejó articular palabra. Ella recibió impávida la ofrenda de mis caricias, sin corresponder á mis besos con sus besos, sin un estremecimiento de su carne, cerrando los ojos para no verme.

En aquellos momentos, yo debí recordarla al duque de las Tres Gracias.

Luego se vistió.

Yo me sentía ya más tranquilo, más dueño de mí mismo, capaz de la reflexión y de la palabra. Mis ojos, que lo veían antes todo rojo, ahora lo veían todo azul, del color de las pupilas de Fanny.

— Perdona... No he podido contenerme... Estaba loco... Estoy loco... ¡Oh, si tú supieras lo que te amo!

Y cogiéndola una mano y besándosela:

— Desde que te conozco mi vida no es vida... Siempre pensando en ti, á todas horas, en todos los momentos... Siempre pensando en ti, de día y de noche...

La *Muñeca* suspiró.

— ¡Cuánto le envidio á usted, cuánto te envidio!

— ¿Que me envidias? ¿Por qué?

— Porque amas.

Pasó así como una sombra por sus ojos azules, y dejó de sonreírse.

— Yo no he amado nunca — continuó —. Dícen que no tengo corazón. Yo no he amado nunca.

Volvió el azul á sus ojos y volvió á sonreírse.

— Mira; yo no soy más que una muñeca, una pobre muñeca de carne, sin alma y sin entrañas. Haces mal en quererme. Yo soy insensible como la piedra. La Naturaleza me ha hecho impotente para el amor. Y ya la diosa Venus, sorda á las súplicas de los mortales, no es capaz de repetir el milagro de Pígalión.

Como respuesta á sus palabras, volví á cogerla las manos y á besárselas.

— Yo te quiero tal como eres.

La *Muñeca* suspiró:

— ¿Dónde hallar la fuente que sacie mi sed?

La apreté ambas manos con fuerza, y mirándola fijamente á los ojos:

— ¿Y Capuani?



Volvió á oscurecerse el azul de sus pupilas.
— ¡Ah! ¿Conoce usted mi historia?
Y después de una pausa, exclamó solemne:
— ¡No; Capuani, no! ¡Ese, menos que ninguno!

* * *

El marqués interrumpió bruscamente su narración para preguntarme:
— ¿Usted se hubiera enamorado de la *Muñeca*?
Y antes de que yo le contestara:
— Desconfíe usted de los hombres que no son capaces de amar á ciertas mujeres.

* * *

— No, no fui muy feliz — siguió el marqués — el año escaso que viví con Fanny. Los primeros días, sí, parecía contenta, pero después...
— Déjame, yo me conozco; el teatro es para

mí una distracción; temo aburrirme en estas noches tan largas.

Yo protestaba.

— ¡No!, ya no han de verte más ojos que los míos.

Ella insistía suplicante.

— ¡Qué tonto eres! ¿Pero es que vas á tener celos? ¡Qué importa que siga desnudándome ante el público! Ya sabes que mi cuerpo no tiene misterios para nadie. ¡Llevo tantos años exhibiéndome!... Hasta en las postales me puede ver quien quiera tal y como soy.

Estas palabras, en boca de otra mujer, hubieran matado en mí toda ilusión de amor. Pero yo transigía siempre, sumiso á sus caprichos, porque me sentía cada vez más locamente enamorado de ella.

Yo no puedo asegurarle á usted si aquella mujer era buena ó mala; sólo puedo decirle que me hacía sufrir mucho.

Una noche, sentada á mis pies, sus manos entre las mías, se empeñó en contarme, á pesar de mis protestas, la historia de sus amores.

— No, no quiero saber nada. . . Calla. . . ¿A qué atormentarme? Olvidemos el pasado. Yo te lo perdono todo. Tu vida comienza para mí desde que nos amamos. Ya sé que has sufrido mucho. ¿A qué recordar ahora? . . . Quiero vivir en la ilusión de que has sido sólo mía.

Ella insistió.

— Es un caso de responsabilidad. . . Vives engañado. . . Es preciso que sepas. . .

La tapé la boca con las manos.

— Lo sé todo y te lo perdono todo.

— ¡Qué vida la mía! ¡Figúrate! ¡Rodando por el mundo desde los trece años!

La alcé del suelo y la senté á mi lado.

— Bésame y calla. ¿A qué hacerme sufrir recordando? . . . Ya te he dicho que lo sé todo, tus amores con el duque de las Tres Gracias. . .

— ¡Oh, no me hables de eso! ¡Qué vergüenza!

— Tu amistad con el canalla de Capuani. . .

— Sí, tienes razón; canalla y más que canalla.

— Tu vida en París. . .

— ¡Vida de abominación y de escándalo!

— Tu amistad con «el hijo de Musset» . . .

— ¿Lo sabes todo y me perdonas?

La besé en los ojos.

— Sí, te perdono porque te amo.

— ¡Qué bueno, qué generoso eres! Pero ya lo ves, yo no soy digna de ti. Haces mal en quererme. Yo soy muy mala. Cualquier día. . . La fidelidad, la constancia, son virtudes que no ha querido darme Dios.

Volví á tapparla la boca con mis manos.

— ¡Calla! ¡No hables así!

Pero ella insistió.

— Yo soy muy mala. . . Cualquier día. . . Créeme, es una desgracia que te hayas enamorado de mí

* * *

Una mañana, al levantarse, me enseñó sus brazos desnudos.

— ¿Te has fijado en esta cicatriz? Es un recuerdo de Capuani. Una noche llegó desesperado. Había perdido todo su dinero — «¡Per Bacol!, creo que tú me traes la mala sombra. . . ¡Voy á matarte!» Se tambaleaba al andar. ¡Aquella noche la había tomado en grande el caballero! — «¡Perra, más que perra, me estás arruinando. Desde que cometí la estupidez de traerte conmigo, para que me calentaras la cama, la suerte me ha vuelto las espaldas. ¡Cochina! ¿Sabes cuánto he perdido esta noche? ¡Mil doscientas pesetas! ¿Te enteras, perra? ¡Mil doscientas pesetas! ¡Te voy á deslomar!» Y cada vez más furioso me amenazó con el bastón. Pero yo era más fuerte que él y se lo arrebaté de las manos — ¡Borracho! ¡Conmigo te atreverás!» — «¡Ah, me insultas!» Y de repente se arrojó sobre mí. Luchamos. Pero el miserable iba armado de una navaja y me hirió en un brazo. El terror me hizo gritar — «¡Asesino!» Al verme llena de sangre se echó á llorar — «¡Por el Santo Padre, no me comprometas!» Yo seguía gritando: — «¡Asesino, más que asesino!» — «Calla y te compro un collar de perlas.» Y se arrastraba á mis pies sollo-

zando: — «¡Perdóname, perdóname; te juro por la *Madonna* que no volveré á maltratarte.»

Y para vergüenza de él, aquí está esta señal, reveladora de su crimen; esta señal que, como castigo, le he hecho besar tantas veces.

¿Por qué Fanny se complacía en contarme estos horrores? No lo sé. ¡Qué extraña psicología la de aquella mujer!

* * *

Una noche me dijo:

— ¡Qué mala soy! ¿Verdad? ¡Qué mala soy! Yo debiera quererte, aunque no fuera más que por agradecimiento. Pero ya te lo dije la primera vez que hablamos: yo no tengo corazón, yo estoy vacía por dentro.

¿Ves cómo no te mentía cuando te aseguraba que la Naturaleza me había hecho impotente para el amor? Es una desgracia, ¿verdad? ¿Qué haría yo para ser como las demás mujeres? ¿Qué haría yo?

Mira, no quiero engañarte. Yo podía decirte, si fuera como tantas otras, una mercenaria, una *profesional*, que habías realizado el milagro santo de hacerme sentir. . . Pero me repugna la mentira. ¡No! Mi alma y mi cuerpo están muertos y no hay modo de darles vida. Amarme á mí, es lo mismo que amar á una sombra.

¡Vete, sí, vete y déjame! Yo no merezco que me quieras como me quieres. Bien hacen los hombres en huir de mí. Yo soy el peor de los pecados: el pecado estéril.

Ya has podido convencerte que en mi cuerpo no hay calor de vida, sino frío de muerte. ¡La *Muñeca*! Yo no soy más que eso: una muñeca.

Sí, vete, déjame. Busca el amor de una mujer que sea mujer. No vengas á llenar tu cántaro en mi fuente, porque mi fuente está seca y no hay en ella agua para tu sed. Yo no soy Rebeca, sino Fanny Harrison, la hija de la *Merengue* y de *Perfecto IX*.

En el gran silencio de la alcoba, sentí el rechinar de sus dientes. La besé en los ojos. Sus ojos estaban secos.

— Llora, Fanny, llora.

Fría como una muerta, y sin decir palabra, se arrojó en mis brazos. Su cuerpo se estremecía convulsionado.

— Llora, Fanny, llora; eso te hará bien.

Vi brillar en la obscuridad sus ojos espantados.

— ¡No puedo! ¡No puedo!

Y rechinando los dientes:

— ¡Vete, vete, ó me iré yo!

La cogí de nuevo en mis brazos, y con palabras seguidas de besos la dije emocionado:

— Yo te quiero tal como eres, fría, insensible. . . Yo te quiero tal como eres. No hay mujer que me haga sentir como tú. Tú eres mi único amor, mi último amor. Desearía ser poeta para decirte todas estas cosas en verso.

«En tu boca roja y fresca
bebo, y mi sed no se apaga. . .»

Decirte todas estas cosas acompañadas de la música de mis besos.

¿Por qué desconfiar del amor? Yo sé que ha de



llegar un día en que hemos de adorarnos al unísono, que ha de llegar un día en que han de arder nuestros cuerpos en un mismo fuego y nuestros corazones en una misma llama.

— ¡Oh, si tú pudieras hacer ese milagro!...

Y cogiéndome las manos y besándomelas:

— Me pasaría la vida á tus pies, adorándote.

Yo seguí hablándola con la elocuencia sugestiva de la pasión.

— Pues basta para el milagro con sólo tu voluntad. ¡Entrégate á mí entera, en cuerpo y alma!

¡Oh, si tú quisieras, si tú quisieras!... Todo es sensible en la Naturaleza; desde la piedra hasta la planta, todo es sensible. ¿Cómo no has de serlo tú, pobre criatura! Blasfemas al asegurar que Dios ha podido equivocarse haciéndote impotente para el amor. Pero si es así, rectificuemos la obra del Creador. Yo me siento con fuerzas para todo. Mira, yo soy capaz de robar el fuego del cielo sólo para calentarte los pies... ¡Pero quiéreme un poco!...

Su boca se unió á la mía con un beso que terminó en un suspiro.

— ¡Ay, dueño mío, si bastara sólo con la voluntad!

— Probemos.

— Probemos.

* * *

Estas horribles escenas se repétían todas las noches. Fanny, fría siempre como una muerta, me abrazaba suspirando. Yo procuraba consolarla.

— ¡Pero no te aflijas! ¡Cómo decirte que te

adoro tal cual eres! Basta á mis deseos con que te dejes querer. ¡Pero de mí solo! ¡De mí solo y de nadie más!

Y de pronto, irritado por su silencio:

— Sí, ya no puedes ser de nadie más que de mí. ¿Lo oyes? ¡Más que de mí! He tomado de por vida posesión de tu cuerpo. Ya no te perteneces, ya eres mía, ya eres de mi propiedad.

Ella entonces me besaba asustada.

— ¡Tuya, sólo tuya!

Yo seguí gritando exaltado:

— ¡Oh, la idea de perderte me vuelve loco! Ya no podemos separarnos; ¿es verdad que ya no podemos separarnos nunca? La suerte está echada; lo que sea de tí será de mí. ¡Unidos para siempre, unidos en vida y en muerte!

Fanny seguía besándome para calmar con sus caricias la furia de mis celos.

— ... Y si tú me abandonases por otro hombre... ¡Oh, no quiero pensarlo! Si tú me abandonases... ¡iba á espantar al mundo con el horror de mi venganza! ¡Tú no sabes quién soy yo, tú no sabes de lo que yo soy capaz! ¡Temé á mis celos como al mayor de los males! ¡Imagínate si se trocara mi amor en odio! ¡Imagínate! ¡Ni Dios, con todo su poder, podría librarte de mi furor! ¡Oh, entonces, ya que no he podido hacerte sentir el placer, yo te aseguro que te haría sentir el dolor!

Y la estreché en mis brazos furioso, con el propósito de ahogarla.

— ¡Oh, dueño mío, cuánto me quieres!

Avergonzado de mi brutalidad, besé sus pies contrito, en demanda de perdón.

— ¡Pero júrame que no me abandonarás nunca!

— ¡Te lo juro!
 — ¡Que no amarás á nadie más que á mí!
 — ¡A ti solo! . . . ¡Te lo juro!
 — ¡Mía para siempre!
 — ¡Sí, para siempre! ¡Tuya, sólo tuya!

Apoyé mi cabeza sobre su seno y lloré hasta quedarme sin lágrimas.

— La señora salió esta mañana temprano y aun no ha vuelto. Ha dejado esta carta para el señor marqués.

Subí como un autómatas las escaleras, llegué á la alcoba y di luz.

— ¿Qué será esto? . . .

Mis manos temblaban al romper el sobre.

— ¿Qué será esto? . . .

El marqués interrumpió nuevamente su narración para apurar otra copa de cognac.

— ¡Diablo! Esta botella no se acaba nunca.

Luego sacó de la cartera un papel arrugado.

— Aquí tiene usted la carta que me escribió la *Muñeca*. ¡Oh, las mujeres, las mujeres! ¡Ni una buena!

Y con voz que hacía temblar la emoción, comenzó á leer:

«¿Ves como soy muy mala? ¿Ves como no tengo corazón? Queriéndome como me quieres, me voy y te dejo. ¡Dios mío! ¿Qué clase de mujer soy yo? ¡Mal fruto echó á la tierra mi madre!

No te pido perdón. No lo merezco. Además, el odio puede perdonar alguna vez, pero el amor nunca. Y tú, á pesar de todo, continuarás queriéndome. ¡Sí!, á pesar de todo. Te he herido de muerte en el corazón. Me voy tranquila, porque sé que no hay mujer en el mundo que pueda hacerte olvidar á tu *Muñeca*.

¿Por qué te abandono? ¿Por qué te dejo? Yo estaba decidida al sacrificio, yo estaba resuelta á no separarme de ti en la vida. Pero ha venido Capuani, y ese hombre tiene sobre mí un poder de sugestión irresistible. Ante él no tengo voluntad. A una voz suya, á un mandato suyo, le seguiría á pie y descalza hasta el fin de la tierra.

¿Que por qué ejerce sobre mí tal poder ese hombre? No he querido decírtelo antes por no herir tu susceptibilidad, por no provocar tus celos. Capuani — ¡perdona, pobre enamorado, esta declaración que las circunstancias me obligan á hacerte! —, es el único sér en el mundo que me ha hecho sentir el amor. Y por eso le seguiría á pie y descalza hasta el fin de la tierra.

Ese hombre es *mi hombre*. Y ese hombre es un miserable; lo sé, me consta. . . Mala soy yo, pero comparada con él. . . Te digo que no tie-

ne una condición buena. Un miserable completo. ¡Oh, lo conozco bien! Su único amor en la vida es el dinero. Por el dinero ha sido ladrón, por el dinero acabará en asesino.

Ya estoy en su poder y sé la vida que me espera. Yo no soy para él sino un vil objeto de explotación. Me lanzará de nuevo al teatro, me buscará un «señor» de dinero. . .

¡Oh, pero tengo la esperanza de que alguna noche, vencido por mis súplicas, se digne ser mi amante por unas horas!

Me queda aun mucho que sufrir en la vida. Capuani será tu vengador. Ese hombre ha venido al mundo para mi castigo. ¡Si vieras lo que le odio!

¡Si vieras también lo que le amo!

Me voy llevándome mis alhajas y el dinero que había en el *secretaire*. Es decir, me voy robándote. Capuani me ha obligado á cometer este nuevo delito. Yo me resistía. Pero llegé á pegarme. Y cedí, cedí como siempre. Ya te he dicho que su voluntad es mi ley. ¡Oh, ese hombre! ¡Cómo se complace en degradarme! . . .

No trates de volver á verme. No sé

en definitiva qué planes son los de Capuani. Me ha hablado, vagamente, de un viaje á la Australia. El estuvo allí, hace tiempo, y ganó mucho dinero. — «Oh, una gran colonia, pequeña; la mayor del mundo, más de tres millones de habitantes: ¡calcula si hay allí gente á quien explotar!»

Capuani, que en el fondo es un gran cobarde, teme que des parte de mi fuga á la policía y me mandes detener. « — Sí, pequeña; hay que poner tierra de por medio.»

Yo sé que no cometerás tamaña locura. Tú eres quien eres y yo soy quien soy. El marqués de Hugo no puede degradarse hasta el extremo de perseguir á la *Muñeca*. Sería concederle demasiado honor.

¡Adiós! Ya no volveremos á vernos más. Olvídame, si puedes. ¡Qué mala he sido contigo! Tú, en cambio. . . ¡Como que eres el único hombre que me ha amado en la vida! ¡El único!

¡Adiós! Odíame, pero no me desprecies. Después de todo, soy digna de lástima. ¡No me desprecies! ¡Y adiós para siempre!»

Y luego, á modo de posdata:

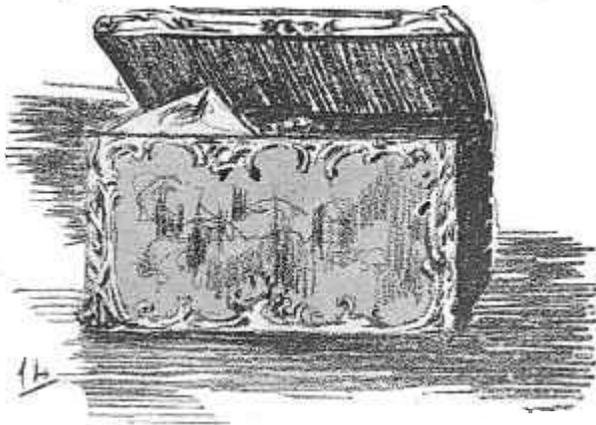
«¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón!»

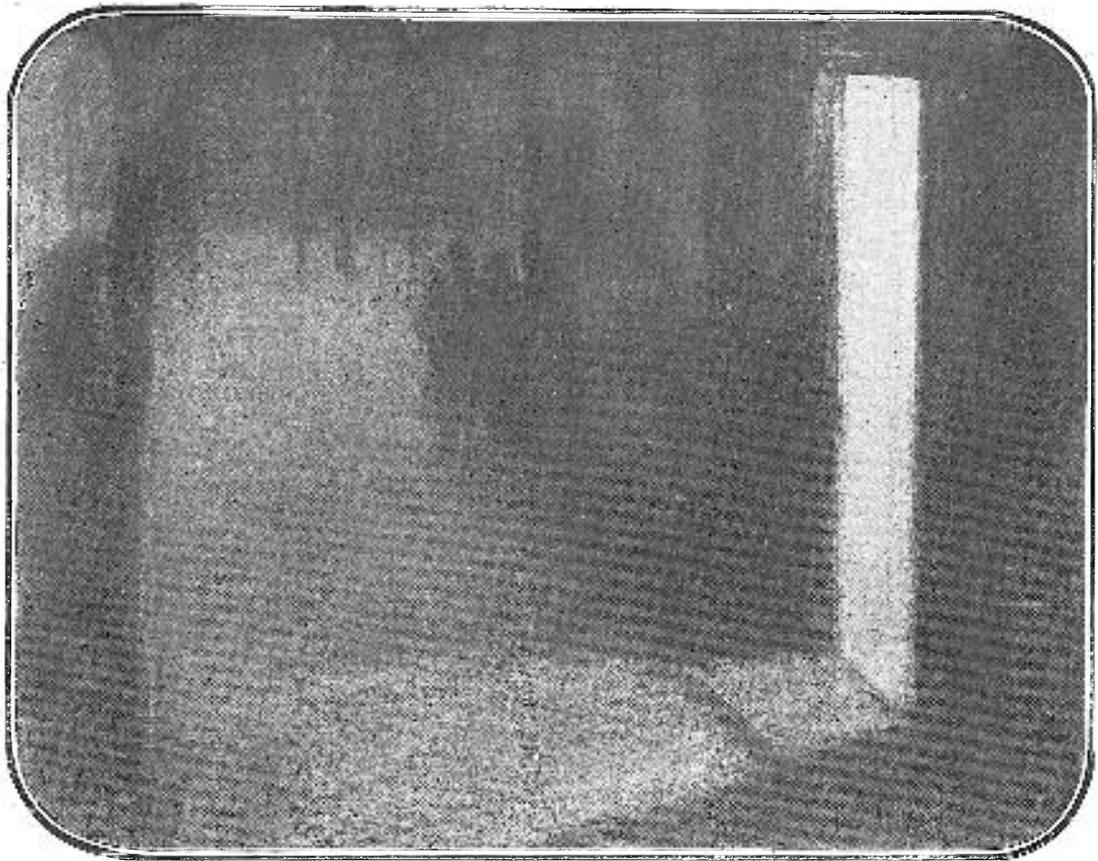
El marqués guardó cuidadosamente la carta y quedó en silencio algunos minutos. Después se echó á reír y blasfemó á gritos, en un terrible acceso de cólera:

— ¡Cuando le digo á usted que todas son unas perras!

— Vamos con el final de mi historia:

Leí yo no sé cuántas veces la carta de la *Mu-*





ñeca sin enterarme de lo que leía. « — ¿Será verdad, será verdad?» Luego apagué la luz y caí sobre la cama sollozando. Me pareció ver brillar en la oscuridad los ojos fosforescentes de Fanny. « — ¡Oh, ven, ven y te lo perdono todo!» Y estuve llamándola á gritos, hasta enronquecer, yo no sé cuanto tiempo: « — ¡Fanny! ¡Fanny!»

Después se apoderó de mí un furor frenético, y arrojándome de la cama, corrí por la habitación como un loco, destruyéndolo todo, rompiéndolo todo: el espejo en que Fanny se miraba desnuda antes de acostarse, nuestra cama, la *chaise-longue*, pequeña y estrecha, en que nos sentábamos para hablar de nuestros amores. . .

Pasado el acceso nervioso rompí de nuevo á llorar. Después perdí el sentido y ya no sé lo que fué de mí en mucho tiempo.

Estuve más de un mes entre la vida y la muerte. La fiebre me consumía. Los médicos llegaron á desconfiar de mi salvación. Pero al fin sané del cuerpo, ya que no del espíritu. «¡Bicho malo nunca muere!»

La convalecencia fué larga, muy larga. Un día se me ocurrió mirarme al espejo. Me costó gran trabajo reconocerme. ¡Dios, á lo que había quedado reducido el marqués de Hugo!

Era el tipo perfecto del don Juan decadente, el pelo y la barba blancos, la frente surcada de arrugas, las mejillas flácidas, la mirada muerta.

Lloré mi juventud agotada y juré vengarme de la infiel que así había destruído mi vida.

* * *

Recorrí palmo á palmo todo Madrid en busca de la ingrata. Lo del viaje á la Australia me parecía una patraña inventada por Capuani para despistarme. Pero todas mis pesquisas fueron inútiles. El pájaro había volado. Pasó tiempo. Yo seguía siempre firme en mis propósitos de venganza. Por fin, un día, alguien me dijo: « — ¿La *Muñeca*? No hace mucho que me pareció verla. ¿Dónde fué? ¡Ah, sí!, en París, en no recuerdo qué calle del Barrio Latino. Debe trabajar en algún teatrillo de aquel *quartier*. »

Aquella misma tarde tomé el sudexpreso y me fuí á París. Mi amigo no me había engañado. Una noche. . .

El marqués se sirvió una nueva copa de cognac. Después continuó:

* * *

— Una noche. . .

Estamos en la «casa» de los grandes «cancioneros» del *quartier*, en el *cabaret* de *Los gatos*.

¿No conoce usted ese *cabaret*? Es uno de los más curiosos de París. Yo se lo describiré. Tenemos tiempo. Aun queda cognac.

Sentados en altísimos taburetes, fumando sus pipas, el *bock* de cerveza en la mano, se hallan los artistas del «establecimiento».

Entre ellos creo adivinar á Capuani — ¡á Capuani! — , cuyo retrato vi hace tiempo en un periódico de teatros.

Oculto en un rincón, observo á los artistas. ¡Qué admirables tipos! El uno me recuerda á nues-

tro Espronceda, con su gran melena negra, lustrosa de pomada, su bigote y perilla románticos, y sus ojos de mirar vago y triste, absortos en la contemplación del ideal.

A su lado se sienta un hombrecillo con pretensiones de elegante, un parisiense á la moda, el bigote encrespado á lo Rostand, la cabeza peinada á lo Cleo, la mirada insolente, el gesto altivo. . .

Un viejo gordo, de cabeza calva y ojos saltones, la nariz torcida, la boca desdentada, parece presidir la reunión, y la anima, desde luego, con sus ruidosas carcajadas.

A su lado se sienta Capuani, que entretiene al público, desde su alto taburete, imitando el canto del gallo ó el arrullo amoroso de la paloma.

Un tanto separada del grupo de los artistas, se halla una joven vestida de azul, rubia, blanca, delgada, espiritual, la cabeza apoyada en la pared, los ojos fijos en lo alto. Es la «musa» del *cabaret*.

En el mostrador, un anciano de barba blanca, con enorme monóculo en el ojo izquierdo, vestido de frac, pone en orden las botellas de la anaquelaría.

Un gato de Angora, blanco como la nieve, de patas sobre una mesa, maulla con lúgubre acento su canción de amores.

El *cabaret* está lleno de gente y hace un calor insoportable.

* * *

Comienza el espectáculo.

«Abre plaza» el hombrecillo con pretensiones de elegante, quien recita, con voz molesta de falsete, unos versos lúgubres, insultando á la Luna.

Luego aparecen el romántico á lo Espronceda y el hombre gordo, y cantan á dúo unos *couplets* sin ingenio y sin talento, que corean los espectadores.

Después entra en escena la joven vestida de azul, que musita una canción indecente titulada *Toute la lyre*.

De pronto el público prorrumpe en gritos:

— ¡Eh! ¡Eh! ¡La *Muñeca*!

Y apareció Fanny.

Yo no sé que pasó por mí al verla. Fué aquello como una suspensión, como una paralización de la vida. Creo que por espacio de algunos segundos — ¡extraño fenómeno patológico! —, agotadas de pronto mis energías físicas, dejaron de funcionar el corazón y el cerebro.

Cuando volví á la vida, Fanny se adelantaba al público, sonriendo como siempre, con sonrisa banal y acariciadora.

Mis ojos no se cansaban de mirarla. Estaba muy cambiada. Ya no era aquella chiquilla alegre de *La Muñeca en el bosque*, que andaba á saltitos como los pájaros y reía á carcajadas.

Había envejecido; sus ojos azules no brillaban ya como brillaban antes, con luz tomada del mismo sol; pálida, á pesar del colorete con que manchaba sus mejillas; la boca contraída por una mueca dolorosa que quería parecer una sonrisa, la pobre Fanny no era ya sino una sombra de aquella otra Fanny de mi adoración.

¡Y su cuerpo! ¿Qué se había hecho de aquella carne que yo besaba tanto? ¿Cómo en unos cuan-

tos meses se había marchitado, se había secado aquella flor de amor?

Yo la encontraba hermosa, sin embargo. Su belleza había adquirido en el sufrimiento cierta dulce majestad. No era ya, no parecía ya la Magdalena pecadora — frivolidad y vicio —, sino la Magdalena arrepentida — pena y amor.

Mis ojos no se cansaban de verla. Pero toda mi cólera, todo mi odio habían desaparecido. Ya no me sentía capaz de matarla. Recordé aquellas palabras de su carta: «Me queda aun mucho que sufrir en la vida. Capuani será tu vengador. Ese hombre ha venido al mundo para mi castigo.» ¡Sí; bien estaba pagando su traición!

De pronto, el público, puesto en pie, comenzó á gritar:

— ¡*El cuchillo y la rosa!* ¡*El cuchillo y la rosa!*

Cayó la cortina y á poco volvió á levantarse para la representación de la pantomima.

Fanny apareció, como yo la había visto tantas veces, triste y llorosa, contándole á la Luna sus cuitas de amor.

¡Oh, qué hermosa me pareció entonces! ¡Y pensar que aquella mujer había dejado de ser mía! Y sentí que el fuego del amor volvía á abrasarme el alma.

Pero apareció Capuani á representar el papel del bandido Alejandro, y al llegar el momento en que éste y Dorotea se besan, vi cómo la *Muñeca* se transfiguraba, y volvía el brillo á sus ojos, y el color á su cara, y la sonrisa á sus labios.

Loco de celos, pensé matarla en aquel momento. «¡Ah, sigue enamorada del italiano! ¡Bien claro lo he visto! ¡Y yo, insensato, que estaba dispuesto á perdonarla.»

Fanny comenzó á bailar. Cerré los ojos para no verla. «¡Ah, pérfida!» Y aprovechando un momento en que el público, puesto en pie, aplaudía entusiasmado, abandoné cautelosamente la sala.

Ya en la calle, examiné tranquilo mi revólver Browning. Estaba bien cargado. Y esperé. Al dar la una, cogidos del brazo, salieron por la puerta del escenario ella y él, la *Muñeca* y Capuani, dirigiéndose, por el boulevard Saint-Michel, camino de los puentes.

Seguí sus pasos con andar silencioso, esperando una ocasión en que poder abordarlos.

Iban disputando. La voz femenina de Capuani se enronquecía al gritar. Algunos transeuntes se detenían para observarlos.

— Ahí va la *Muñeca*.

Llegamos al Puente Nuevo. Miré receloso á un lado y á otro. ¡Estábamos solos! ¡Ellos y yo, y nadie más! Saqué el revólver y grité:

— ¡Eh! ¡Tú! ¡Fanny!

Volvió la cabeza asustada.

— ¡Dios mío! ¡Eh!

Capuani se dirigió á mí amenazador.

— ¡Mala peste de *apaches*! ¡Eh, compañero, cuidado conmigo, que yo también sé defenderme!

Le apunté con el revólver.

— ¡Vete y déjame con Fanny, ó te mato aquí mismo como á un perro!

— ¡Compañero! . . .

La *Muñeca* intervino.

— Es el marqués de Hugo.

— ¡Diablo! ¿El marqués de Hugo?

— Sí.

— ¿El marqués de Hugo?
Y el miserable echó á correr acometido de súbito terror, perdiéndose á poco entre las sombras de la noche.

Cogí á Fanny de un brazo y la llevé arrastrando hasta Nuestra Señora.

Ella no opuso la menor resistencia.

Sólo la oí decir:

— ¿Para qué mancharte las manos de sangre? Si quieres, ahí, en el Sena, yo misma. . .

La respondí con una carcajada.

— ¡Calla, perra!



Estábamos solos, ¡solos los dos!

— Levanta la cabeza y mírame.

— No puedo. . . no me atrevo.

La cogí la cara con ambas manos, á pesar de su resistencia, y estuve contemplándola unos momentos en éxtasis.

— ¡Siempre hermosa!

Por fin se atrevió á mirarme. Me pareció que el azul de sus pupilas se había tornado negro.

— Acaba. . . Puede venir gente.

Me sentí acometido por un nuevo acceso de turor.

— ¡Silencio! ¡Tú no tienes derecho á hablar! ¡Ven aquí!

La arrastré hasta un farol inmediato.

— ¡Quiero ver las manchas que ha dejado en tu piel la baba de Capuani!

Ella protestó suplicante.

— No me martirices. . . Acaba de una vez. . .

Yo seguía mirándola, mirándola con ojos de loco, que debían asustarla.

— ¡Acaba de una vez!

Me eché á reír.

— No tengas prisa. . . Tenemos tiempo de sobra. ¡Si vieras lo que gozo viéndote sufrir!

Y después de una pausa:

— ¿Qué haría yo contigo?, ¿qué haría yo contigo? Quitarte la vida me parece poco. ¡Un castigo más grande! ¡Ah, quisiera tener en estos momentos la inspiración de un inquisidor! ¿Qué haría yo contigo!

Ella seguía mirándome aterrada, sin atreverse á decir palabra.

— ¡Habla; te autorizo para que hables! Díme qué debo hacer para castigar tu traición. Tú que eres maestra en la maldad, debes saber de estas cosas de crímenes y venganzas. ¡Habla, mala hembra, habla! ¡Ya ves si soy insensato que todavía gusto de oír el engaño de tu voz!

Ella seguía callada, mirándome con ojos de espanto.

— ¡Ah! ¿No quieres hablar? ¿No quieres defenderte?

La cogí por ambos brazos, sacudiéndola furioso.

— ¿No quieres hablar?

— Suéltame, me haces daño — gimió la miserable.

Y luego, con una voz muy triste, que yo no le había oído nunca:

— Sí. . ., acaba de una vez. . . Mi vida es tuya; dispón de ella como te venga en gana. . . Te en-

gañé, faltando á la fe jurada. . . Puedes matarme, estás en tu derecho.

Y después de una pausa:

— No querrás creerme si te digo que hace mucho tiempo que te espero impaciente. ¡Oh!, ¿cuándo vendrá el vengador? — me preguntaba todas las noches —. Ya estás aquí; ¡bien venido seas! Ya estás aquí. Ahora no perdamos tiempo. Yo besaré, agradecida, la mano con que me hieras. Pero acaba de una vez y no prolongues más mi suplicio. ¡Acaba de una vez!

Hizo una pausa, se ahogaba, y después continuó:

— ¡Si vieras qué alegría tuve cuando me llamaste en el Puente! Luego, debo confesarlo, he sentido un poco de miedo. Pero ya no; ya estoy tranquila; ya espero, resignada, la muerte.

Y de pronto, con voz que hacía enronquecer la cólera:

— ¿Has visto cómo huyó el cobarde? ¿Has visto cómo huyó sin defenderme?

La respondí con una injuria.

— Para tal señora, tal caballero.

— Tú no sabes lo que me ha hecho sufrir durante este tiempo — siguió diciéndome Fanny —. ¡Oh, he llegado á lo último! Yo no sé ya quién es más miserable, si él ó yo. . .

Y cogiéndome las manos y besándomelas:

— Tú has venido á salvarme. . . ¡Oh, verme libre de él, romper las cadenas que me sujetan á ese hombre! . .

Cayó de rodillas, puestas las manos en cruz.

— Ahora que voy á morir me perdonarás todo el mal que te he hecho, ¿verdad? ¡Oh, déjame que te bese los pies! Humillándome á ti me ensalzo. Ya sé que he sido muy mala contigo, muy mala. . . ¡Déjame que te bese los pies!

La levanté del suelo, donde se arrastraba y, sin poder contenerme, la besé, apasionado, en la boca.

— ¡Fanny! ¡Fanny!

Ella se resistía, forcejeando por desasirse de mis brazos.

— No. . ., ya no es posible.

— Pues entonces — la grité colérico —, ¡preparate á morir!

— ¡Haz de mí lo que quieras!

— ¡Ah! ¿De modo, que con todos menos conmigo? — seguí furioso —. Pero, ¿qué te he hecho yo? . . .

— Sí, con todos, menos contigo, porque tú eres el único hombre en el mundo á quien quiero, del modo especial que yo soy capaz de querer.

— ¡Calla! ¡No mientas más! La verdad es que sigues enamorada de Capuani.

Declaro á usted que, en aquellos momentos, estaba completamente loco, y no podía, por tanto, ser responsable de mis actos ni de mis palabras.

— ¡Preparate á morir! — la grité.

— Preparada estoy — me respondió con voz entera.

— ¡Reza!

— ¡No sé!

— ¡Llora!

— ¡No puedo!

Pero, á pesar de mi cólera, no me decidía á matarla. Tiré el revólver al suelo.



— No... esta es un arma demasiado digna, demasiado noble para ti... Una navaja... ¡Si tuviera una navaja!...

Me registré los bolsillos febrilmente.

— ¡Una navaja!... ¡Una navaja!...

Y de pronto, arrojándome furioso sobre la infortunada:

— Voy á ver si efectivamente eres una muñeca. Aquí, en el pecho, todos tenemos una piltrafa de carne que se llama corazón. ¿Qué tienes tú ahí dentro? Voy á verlo, aunque, para ello, sea preciso destruir el precioso mecanismo de tu cuerpo. ¿Qué tienes tú ahí dentro?

Y, mirándola fijamente á la cara, con ojos de loco:

— ¡Sí!, el insensato he sido yo, que me he enamorado de una muñeca. Ahora que te contemplo sin pasión, me convengo de que no eres más que eso: un hábil artificio de mujer, una apariencia engañosa de criatura humana.

¡No te aprieto más en mis brazos, porque temo romper te!
¡Débil es la arcilla con que la Naturaleza construye al hombre; pero más débil es la pasta — ¿se llama *biscuit*? — con que estás hecha tú.

Pero ¿cómo es posible que mis ojos no hayan visto antes lo que ahora ven? Todo en ti es positivo, artificial; todo en ti está muerto... ¿Qué mano misteriosa mueve el hilo que da vida á tu cuerpo?

¡Sí!, eres una muñeca con apariencias humanas, una pobre muñeca... ¿Ves? Por más que busco no te encuentro el corazón... por más que busco, por más que escudriño.

¿Y pensar? ¿Piensas? ¿Tienes cerebro y en el cerebro ideas? Ya sé que, desgraciadamente, eres capaz de la palabra... ¿Pero hablas mecánicamente, como los fonógrafos? ¡Dime la verdad, no me mientas! Ya ves que estamos solos y nadie ha de enterarse de tu secreto.

Dime; ¿es que tienes en el cerebro una máquina de producir ideas? ¡No me extrañaría! Yo creo en todos los progresos de la ciencia. ¡Viéndote á ti, cómo no creer en ellos!

Nuevamente clamó dolorida la voz de Fanny:

— ¡Acaba de una vez!

Yo hice como que no la oía, y continué implacable:

— De modo que, ni corazón para sentir, ni cerebro para pensar; que eres una muñeca, una verdadera muñeca de carne, ¿no es eso?

¡Qué bien te conocía Capuani! Él te bautizó

con ese apodo denigrante: ¡*La Muñeca*!

Dieron las dos.

— No creas que por que he tirado el revólver — seguí diciendo — te perdono la vida. Esta es tu última noche. ¡Lástima no haber traído una navaja! Pero me basta con mis manos. Quiero sentir, al ahogarte, cómo poco á poco se va acabando tu vida. ¡Ah, quiero que sufras, quiero castigar tu carne con todos los tormentos del dolor!

Y de pronto, en un acceso de locura, la cogí por el cuello, decidido á ahogarla.

Pero sentí mis manos humedecidas por sus lágrimas.

— ¿Lloras, Fanny, lloras? — le pregunté.

No me respondió.

— ¿Lloras?

— ¡Sí! — me contestó entre sollozos.

La cogí, conmovido, en mis brazos.

¡Sí que lloraba! ¡El milagro estaba hecho! ¡La muñeca se había convertido en mujer!

— ¡Pues si lloras, estás salvada!

Se separó de mis brazos, y con voz resuelta:

— ¡No! ¡Quiero recibir la muerte de tus manos! ¡Así Dios me perdonará!

— ¡Vete!

— ¡No!

— ¡Te perdono!



— Pues entonces...
Y echó á correr con dirección á los puentes.
Yo la seguí á gran distancia.
— ¡Fanny! ¡Fanny!
Siguió corriendo. De pronto se detuvo y gritó:
— ¡Adiós para siempre!
Y de un salto se arrojó al agua.
— ¡Fanny! ¡Fanny! — clamé desesperado.
Todavía la oí decir:
— ¡Adiós, amor mío!

La botella del cognac se había terminado. Y el marqués, ya completamente borracho, me miró con sus ojos de fuego, nublados ahora por las lágrimas, y me dijo suspirando:

— ¡También las aguas del Sena pueden ser purificadoras como las del Jordán!

Luego, repitió maquinalmente (ya no se daba cuenta de lo que decía):

— ¡Ni una buena, ni una buena!...



Miguel Sanchez

FIN

1.800
-AN -SEU -UES
-AN -NC

Consultorio Grafológico GRACHTNER

Respuestas

M. Teh Déje. — Sensibilidad exquisita; desvelo; gran amabilidad; conciencia bien equilibrada, voluntad pacienzuda; vivacidad; natu aleza replegada sobre sí misma; imaginación graciosa; amor al dinero; carácter bastante alegre; gran generosidad; temperamento inmaterial; gran desconfianza. Mandé la anterior semana la carta que me hizo usted el honor de confiarme, y siento que su amiga de usted la reciba con tanto retraso, pero me ha sido imposible contestarle á usted más pronto por no haberle llegado el turno.

Un rana, Zaragoza. — Sensibilidad que cae en la susceptibilidad; carácter bastante interesado; naturaleza que se deja fácilmente invadir por la tristeza; desconfianza de sí mismo; carácter bueno y tierno, pero incapaz de defenderse en la vida; intuición extraordinaria; temperamento linfático.

Admiradora, Madrid — Me manda usted cuatro ó cinco líneas escritas, cuando yo pido cuatro páginas de carta para hacer un esbozo grafológico: convendrá usted en que es muy poco.

Naturaleza orgullosa, amante del lujo y del fausto; propensión á los celos; generosidad que cae en la proigalidad, sensualidad; gran imaginación; poca expansión y sólo con los extraños.

Una guipuzcoana. — Sensibilidad muy despierta algo de egoísmo; habilidad manual; grandes disposiciones para los quehaceres domésticos; voluntad seguida; gran prudencia; amabilidad.

Don Lope de Machid. — Prudencia excesiva; sinceridad nativa; algo de vanidad; mucha amabilidad en el trato social; espíritu cultivado; voluntad muy débil; lealtad; actividad bien reglada; culto del recuerdo; temperamento inmaterial.

Ludwig. — Espíritu fino y hábil; cortesía; temperamento nervioso-sanguineo; propensión á la economía; buen gusto artístico; bastante lógica; carácter replegado sobre sí mismo; aficiones de gastrónomo; aptitudes organizadoras; voluntad seguida; conciencia bien equilibrada.

¿DESEA USTED SABER
CUAL ES EL ESTABLECIMIENTO MAS POPULAR EN
SOMBREROS ELEGANTES Y DE DURACION?



SUCESOR DE DUPUY - 21 Preciados 21 - Portada verde

AGUSTÍN G. POVES Bisertería, perfumería, corbatas, guantes y artículos de fantasía. - Jabón POVES UNA PESETA CADA - Agua de Colonia y Quina POVES, CINCO PESETAS LITRO - PRECIADOS 24 DPLDO. FRENTE A LA DE CAPELLANES

PÉREZ MOLINA Para comprar alhajas fantasma, recomendamos esta casa

..... CARRERA DE SAN JERÓNIMO 23

GARCÍA MOYA SASTRE BARQUILLO 8 PARTICIPA HABER RECIBIDO LOS GÉNEROS INGLESES Y DEL PAIS

EPILEPSIA Ó ACCIDENTES NERVIOSOS

Curación radical, aun en los casos en que fracasa la medicación polibromurada, con las **PASTILLAS ANTIEPILÉPTICAS DE OCHOA**. No quitan el apetito. No deprimen. Corran rápidamente los accesos.

Café superior en grano PUERTO RICO, CARACOLILLO Y MOKA 6,50 - EL KILO - 6,50
MANUEL ORTIZ - CALLE DE PRECIADOS 4

EL ÁGUILA

CALLE DE PRECIADOS, 3 - MADRID

Al anunciar al público que esta importante Casa ha inaugurado recientemente secciones de camisería, corbatería, bastones, paraguas, zapatería, artículos de viaje, géneros de punto, etc., etc., nos permitimos recomendar á nuestros lectores visiten las lujosas y bien surtidas instalaciones.

SUCURSALES:

Barcelona, Plaza Real 13 (esquina Vidrio).

Valencia, Peris-Valero, letra E (antes Paz) esquina Luis Vives.

Sevilla, Sierpes 72 (esquina Jove-llanos).

~~~~~ **Cádiz,** calle San Francisco, núm. 25 ~~~~~

**Málaga,** Granada 63 (esquina Méndez Núñez).

**Valladolid,** Santiago 57 (esquina Claudio Moyano).

**Zaragoza,** Independencia 1 (esquina Plaza Constitución).

ESPECIALES BUÑUELOS DE VIENTO - REPOSTERÍA ALEMANA - Espoz y Mina 14, MADRID